



Vaticano, 9 de junio de 2013

Señor Presidente:

Le agradezco la carta que me envió con fecha 25 de abril pasado, con la que me invita a visitar su País. Gracias por este gesto de bondad y cercanía. Aunque por el momento no puedo acoger tan delicada atención, bien saben todos los uruguayos que los llevo dentro de mi corazón y que rezo por ellos, encomendándolos a Nuestra Señora de los Treinta y Tres Orientales, celestial Patrona de esa Nación.

Me alegró poder conversar con Usted con el acento que nos acomuna a todos los que nacimos en la región rioplatense. Abordamos temas importantes, temas que afrontan cuestiones fundamentales de la vida de las personas, queriendo su bien y su justo progreso. A nosotros dos, que somos casi de la misma edad, los años nos han enseñado que se puede sacar mucho provecho cuando se dialoga con franqueza y respeto, poniéndose juntos a la búsqueda de la Verdad y del bien del pueblo.



Uruguay es una tierra de raíces católicas y en donde la semilla evangélica ha dado desde hace siglos muchos y buenos frutos en el campo de la educación, la sanidad, la atención a los más necesitados y la salvaguardia de los derechos fundamentales de la persona, el primero de todos la tutela de la vida humana, desde que comienza hasta su fin en la madurez de la ancianidad.

La Iglesia, siguiendo el ejemplo de Jesús, intenta ser para los demás motivo de consuelo, esperanza y aliento, dando lo mejor de sí misma y procurando poner sus instituciones al servicio de una sociedad cada vez más solidaria y concorde. Ella no desea privilegio alguno, solamente poder desempeñar la labor que le es propia con libertad, colaborando con todos en la promoción de los valores que son conformes con la dignidad humana.

Señor Presidente, con el grato recuerdo de nuestro coloquio, pido a Dios que le ayude en su responsabilidad de servir a sus compatriotas y que le dé fuerzas para animarlos en todas aquellas causas que contribuyen al bien común, que ennoblecen a los hombres y a los pueblos. También pido a Dios que lo acompañe en sus esfuerzos por hallar las respuestas a esas grandes preguntas y problemáticas que Usted, como buen hombre de gobierno, va descubriendo en los anhelos de sus compatriotas y de la humanidad. Dios está siempre de parte de quien ama, y se deja encontrar por

aquellos que hacen del amor generoso y desinteresado, en el servicio a los demás, el criterio de su vida.

Le ruego que transmita Usted a todos los uruguayos el saludo del Papa. Sobre todos invoco las bendiciones divinas.

Fraternalmente,

